



DEPORTE O RELIGIÓN: UN ANÁLISIS ANTROPOLÓGICO DEL FÚTBOL COMO FENÓMENO RELIGIOSO

Roberto Cachán Cruz

Licenciado en Ed. Física.

Óscar Fernández Álvarez

Doctor en Geografía e Historia.

Resumen

El deporte parece haberse originado en la religión, y durante mucho tiempo ha seguido manteniendo un carácter religioso, quizá por el trasfondo común de que la religión como el deporte, es algo esencialmente social, pertenece a los individuos y en su colectividad encuentra su razón de ser. Tanto es así que los individuos que la profesan o practican se encuentran unidos por una especie de lazos de parentesco pero de una naturaleza especial, como si formaran parte de una misma familia.

En nuestro artículo pretendemos mostrar, a través de una perspectiva antropológica, como el deporte, y en concreto el fútbol sirve de válvula de escape de tensiones individuales y colectivas, utilizando procedimientos similares a los que encontramos en los fenómenos religiosos más comunes.

El interés que históricamente han mostrado las ciencias sociales por el estudio de los temas relacionados con la Educación Física y el deporte, ha sido mas bien escaso. Esto, entre otras cosas, ha contribuido a mantener a éstos, alejados de la conciencia social y política.(1) Quizá por esto, para salvar esta laguna, nosotros, en este artículo pretendemos mostrar que son muchos los puntos de contacto y muchas las influencias entre las ciencias de la Educación Físico-Deportivas y la Antropología Social, en tanto ciencia social. En concreto, nos vamos a fijar en un aspecto de la antropología como es la religión o más propiamente, hechos religiosos, en el término que lo define Durkheim.(2) Resulta un hecho conocido que los juegos y las principales formas artísticas parecen haberse originado en la religión y que durante mucho tiempo, han seguido manteniendo un carácter religioso:

Palabras clave:

deporte, antropología, fútbol, religión.

Abstract

Sport seems to have originated in religion, and for a long time continued to have a religious character, perhaps for the common thread that religion like sport is essentially social, belonging to individuals and in their group a justification for existence. So much so that individuals that profess or practice find themselves united by a kind of family links but a special nature, as through they form part of the same family.

In this article, we try to show, through an anthropological perspective, how sport, concretely football, serves as an escape valve for individual and collective tensions, using similar methods to those that we find in the more common religious phenomenon.

Se ve cuáles son las razones: es porque el culto, aun dirigiéndose directamente a otros fines, ha constituido al mismo tiempo una especie de entretenimiento para los hombres. La religión no ha cumplido este papel por azar, gracias a un feliz encuentro, sino por la necesidad de su naturaleza. En efecto, aunque el pensamiento religioso sea algo completamente diferente a un sistema de ficciones, las realidades a que corresponde no consiguen expresarse religiosamente más que si la imaginación las transfigura.(3)

Para nuestro entorno más cercano, desde los distintos aparatos del Estado (ideológicos y coercitivos) y desde sus propias empresas se ha promovido y dirigido *la nueva religión de la*



práctica deportiva. Nosotros pretendemos aquí mostrar las connotaciones religiosas de las que está imbuido el deporte, y en concreto un deporte tan popular como es el fútbol.

El fútbol, un deporte que todo el mundo ha practicado alguna vez en su vida, deporte “de todos” y “de siempre”; de pequeños, pues constituye una buena parte de la socialización de los niños, ya sea mediante su práctica o con algo tan comercial como las colecciones de “cromos” de futbolistas, y de mayores, pues forma parte del ocio pasivo que les mantiene ocupados buen número de horas a lo largo de la semana, igual que la mente, con las cabalísticas quinielas, o los programas de televisión con nombres apocalípticos (como *El día después*), leen la prensa popular que crea opinión a modo de *Biblia*, etc. Todo ello hace que casi todo el mundo sepa de fútbol, sobre todo cuando se ponen delante de la televisión a ver un partido.

Hemos podido constatar cómo, de la misma forma que “todo el mundo sabe de fútbol”, “todos son expertos”, en determinados estratos sociales, se ignora todo el aureola de especialistas deportivos que rodea a cualquier deporte y deportista en general, y por supuesto el que nos ocupa. Entre estos especialistas encontramos médicos, biomecánicos, fisioterapeutas, psicólogos, sociólogos, pedagogos, filósofos, antropólogos, epistemólogos físicos, etc. sin olvidarnos de otro tipo de especialista como pueden ser periodistas, publicistas, políticos.

Si partimos de la premisa, tan utilizada socialmente, de que “el deporte es cultura”, quien mejor que la antropología para hacer un estudio de la cultura, de cómo el deporte interviene en ésta y cómo ésta influye en el deporte, y siempre sin olvidar el aspecto religioso que mencionamos al principio. Para ello, comenzaremos reseñando los orígenes del fenómeno deportivo, para ver después el simbolismo tanto en el espacio como en el lenguaje que se utiliza en el deporte del que hemos decidido ocuparnos: el fútbol, por haberse convertido en el nuevo “opio del pueblo”, y por lo tanto en la actual religión, de toda una multitud de seguidores que religiosamente cada domingo (*el día del Señor*) van al fútbol, lo ven, o en definitiva, lo siguen. Por cierto que cualquiera puede comprobar como sus oficiantes o líderes se santiguan al pisar el terreno de juego, o catedral del fútbol, como se denomina también a algún estadio.

Sobre los orígenes

Respecto a los orígenes, el nacimiento del deporte, responde, como diría Foucault, a la conciencia que adquirió la burguesía a lo largo del siglo XIX de la necesidad de controlar las poblaciones para asegurarse su productividad. El amontonamiento

de cuerpos que tuvo lugar en la fábrica y en la ciudad, la duración de la jornada laboral, la contaminación e infraestructura urbana, las condiciones de las viviendas, los hábitos recreativos, etc., fueron percibidos como focos de peligro para la “salud de las poblaciones” o para la “salud de la nación”. Desde esta perspectiva, la salud de las poblaciones es la metáfora de que las clases dominantes se sirvieron para expresar su temor al desorden y a la desintegración social. Por ello, como dice Barbero González,(4) promovieron hábitos higiénicos, realizaron campañas difusoras de las bondades del ejercicio físico, reglamentaron las recreaciones populares, plantearon la necesidad de espacios y aire libre, etc. La configuración de cada espacio deportivo implica una concepción diferente del ámbito de la recreación, así como el diseño de unas modalidades de divertimento más “racionales”. Lo peculiar en la configuración del espacio acotado y la puesta en marcha del dispositivo deportivo es que se puso en marcha apoyándose en los propios sujetos a los que se encerraba. Los pasatiempos tradicionales predeportivos fueron sometidos a regulación hasta ser transformados en deportes como por ejemplo el rugby o el fútbol. Investido como valor educativo, el deporte se transformó en la parte central del currículum escolar.

Parece incuestionable, como señala Bourdieu,(5) que el cambio de juegos a deporte en sentido estricto tuvo lugar en los establecimientos educativos reservados a las élites de la sociedad burguesa, las “Public Schools” inglesas, en donde los hijos varones de la aristocracia y alta burguesía se apoderaron de un número de juegos populares, vulgares, y cambiando así, su significado y función, de la misma forma que el campo de la música culta transformó algunos bailes folklóricos, como bourrées, zarabandas, etc.

A partir de mediados del pasado siglo, desde los distintos aparatos del Estado, se promovieron y dirigieron la nueva religión de la práctica deportiva. Se discutieron distintas formas de juego, se crearon clubes, asociaciones, federaciones, comités, etc., una amplia normativa legal y se organizaron competiciones a todos los niveles.

La iglesia fue una de las mejores agencias de difusión del mensaje deportivo, y miles de clubes y equipos deportivos se constituyeron al amparo de instituciones religiosas, y como dice Young,(6) el coadjutor y el párroco, inspirados en su propia educación juvenil, con frecuencia se disponían a salvar almas con la Biblia en una mano y el fútbol en la otra.

El interés o altruismo de ciertos patronos hizo que las fábricas se convirtieran también en un foco de creación de clubes deportivos. Los equipos de fútbol formados en torno a ellas constituyeron una de las características recreativas del proletariado de las ciudades industriales. La extracción social de estos nuevos equipos trajo consigo una nueva forma de ver el fútbol.



La progresiva generalización de las instituciones y competiciones nacionales e internacionales, unida a la buena acogida del fútbol por las clases populares, dieron lugar a la aparición, en el último cuarto de siglo, del espectador deportivo moderno, con la división entre el profesional y el seguidor, la construcción de estadios. El fútbol se había convertido ya en elemento fundamental de la cultura popular, entretenía y ocupaba las mentes, desviaba las preocupaciones.

La construcción de esa nueva industria de la cultura y la configuración del fútbol como “el deporte del pueblo”, no hubiera sido posible sin la invención simultánea de un producto genuinamente novedoso, la prensa popular deportiva, que competía entre sí para ofrecer antes que nadie, los resultados de partidos, apuestas y carreras. La difusión del mensaje deportivo significó, pues, la popularización del fútbol y la formación de crecientes masas de gente que, como espectadores y lectores, lo consumían de forma regular. Comerciantes y políticos, muy pronto se percataron de las muchas posibilidades que ofrecerá el deporte popular al servicio de sus intereses.

Fútbol como consumo de masas

Bourdieu(7) dice que una de las tareas de la historia social del deporte pudiera ser la de poner los fundamentos reales de la legitimidad de una ciencia social del deporte como un “objeto científico bien determinado” mediante el establecimiento del momento, o mejor del conjunto de condiciones sociales a partir de los cuales es realmente posible hablar de Deporte. Cómo se fue constituyendo este terreno, con su lógica específica, como el lugar de unas prácticas sociales bastante específicas y que pueden ser entendidas solamente en términos de dicha historia. En efecto, la historia social del deporte, como muestra Barbero González(8) evidencia que las prácticas deportivas fueron construidas como representaciones de batallas simuladas en las que siempre hay contrarios y oponentes reales o simbólicos a los que vencer o superar. A este respecto, Sánchez Ferlosio escribía a propósito del mundial de fútbol de 1990:

“El fútbol de masas satisface la perversa necesidad psicológica de tener enemigo, como fundamento de identidad, porque proporciona la satisfacción de la autoafirmación antagónica colectiva en su forma más pura... (como el rock) nos proporciona otro elemento fascista: el líder carismático ante la multitud fanáticamente incondicional.”(9)

Y es que hundidos en las butacas, reforzamos nuestras relaciones tribales en torno a colores y sonidos de *uniformes, banderas, cánticos, ritmos, danzas e himnos*. Damos por buena la lógica competitiva de la pirámide deportiva que, con toda seguridad, se ve ensalzada por el esfuerzo sobrehumano de muchos de los participantes.

Fútbol, simbolismo y ritual

La cultura depende de la capacidad de sus detentores de utilizar símbolos para acordar arbitrariamente un significado a las cosas. En palabras de Leslie White:(10)

Toda cultura depende del símbolo. De la práctica del simbolismo surgen las culturas y es gracias a los símbolos que la cultura puede perpetuarse: sin ellos no habría cultura y el hombre no sería más que un animal.

El significado del deporte puede determinarse igualmente bajo la óptica de sus relaciones con el ritual. La observación de esos dos fenómenos en la sociedad apunta hacia la idea de que se trata de dos facetas del comportamiento cultural. Sus pautas de comportamiento son similares; es decir, que en la práctica el deporte reviste a menudo un carácter ritual. Se considera igualmente que la evolución del comportamiento deportivo arranca de los factores rituales y que el deporte es una especialización ritual relativamente reciente en la que el aspecto competitivo trasciende el desarrollo propiamente dicho del ceremonial prescrito.

El ritual es una faceta de la cultura que se presenta como la dimensión simbólica de las actividades sociales que no son específicamente de naturaleza técnica.

Para Douglas,(11) el ritual, al igual que el lenguaje, actúa como “transmisor de cultura” y ejerce un efecto “coercitivo sobre el comportamiento social”. A partir de esta definición del ritual, la interpretación del deporte como ritual se justifica fácilmente. Incluso los acontecimientos deportivos más sofisticados de la sociedad moderna pueden interpretarse como ritual aunque sólo se trate de un juego, el fútbol, según indica Arens,(12)

ayuda mucho a comprender la personalidad americana, y si un antropólogo de otro planeta nos observara, quedaría atónito ante el fanatismo que demuestran los americanos por este juego, y su descripción rozaría, de seguro, la embriaguez romántica que los antropólogos se reservan para la descripción de los



rituales de una tribu recién descubierta. Clara demostración de la teoría según la cual algunos símbolos importantes son la clave de la interpretación de una cultura... y el fútbol es uno de esos símbolos.

Vamos a analizar varios símbolos, para ver cómo el fútbol actúa como fenómeno religioso, algunos de los cuales nos los descubre Verdú.(13)

En la creación de la materia correspondiente al fútbol como *ceremonia-acontecimiento* interviene un tiempo que es el Gran Tiempo (mítico, no cronológico), un espacio que es la escena tribal y una energía que es la libido (ir a muerte: ganar/perder-vida/muerte).

En el fútbol, se produce una adhesión tribal: los equipos de una ciudad o de un país actúan como figuras totémicas de las comunidades respectivas. Ninguno gana o pierde personalmente; *se gana o se pierde a nivel de tribu*. Y cuando la hinchada forastera viene en bandadas, *en rebaño*, desplegando su llegada con tumulto antes y durante el partido, entonces se trata también de un enfrentamiento tribal, próximo a la lucha entre invasores e invadidos.

Además, el hincha va al campo a *sufrir*. La alegría sólo se obtiene tras el padecimiento; y el padecimiento se aumenta con la extrema fijación de una verdad.

Con el *uniforme* el futbolista no puede salir de su función simbólica ni el aficionado llegar a desmantelarla. El respeto al uniforme actúa doblemente, hacia dentro y hacia afuera, preservando al jugador del contacto normalizante. Es en efecto, una regla muy general, nos dice Durkheim,(14) que los miembros de cada clan intentan reproducir el aspecto exterior de su tótem. Las imágenes totémicas se encuentran en los emblemas, escudos, pegatinas, bufandas, muñecos, trofeos de las vitrinas y toda una serie de artículos que se venden en los alrededores de los estadios antes de los partidos. Pero estas imágenes también se encuentran sobre el mismo cuerpo de los hombres. Estos no ponen tan sólo su blasón sobre los objetos de su posesión, sino que también lo llevan sobre su persona; aparece impreso en su carnet, forma parte de ellos mismos, e incluso este modo de representación es, con mucho, el más importante. Y es que cualquiera puede comprobar la importancia que tiene que un jugador lleve un peinado u otro, el pelo rapado a modo de pequeño Buda o con una corta melena, a modo de Jesucristo, o los tatuajes y collares o cadenas que llevan, los pendientes, etc. Igualmente, el hecho de que cuando sale al campo, besan el suelo, o se santiguan.

Por su *atuendo* también se distinguen los *presidentes* de los equipos, que se relacionan con la benevolencia oficial de consuegros en esas ceremonias simbólicas, y su rivalidad se ablanda bajo el esmero de caballeros que viven desde un lugar

destacado el desarrollo del fútbol. Entre ellos raramente se producen enfrentamientos, y cuando estos ocurren, dan lugar al escándalo, como el protagonizado por los presidentes del Compostela y el Athletic de Madrid, en la de 1995-96.

Respecto al *balón*, es el centro total, no tiene dentro ni fuera. Su color, blanco, se asocia, según Guenon,(15) al centro espiritual y al centro del espacio convertido en un concepto hurtado a la simbología de todos los colores.

El *árbitro* es una instancia represora en constante vigilia, es el principio activo de la muerte artificial, muerte producida en la generación y renovación del juego. Corrige las apariencias y les confiere categoría de verdad. Los resultados que él produce son inamovibles. Es el personaje que ha venido a implantar castigos. Cuando sale al campo flanqueado por sus dos ayudantes y el balón en la mano, un caudal de muerte sigue sus pasos. El árbitro es la realización del fútbol, su verosimilitud y su muerte concentradas. El árbitro, como el magistrado (sin mazo pero con silbato) o el *sacerdote* son castigadores, represores de la vida a granel y promotores de una purificación a la que contribuyen mediante el exterminio (expulsión, excomunión, exilio) o la purga (amonestación, confusión, reclusión) de lo inmundo. Los tres han vestido de negro, y qué se puede decir de la relación simbólica negro-muerte...

Otro personaje importante es el *masajista* que, siempre ha tenido una función de curandero o hechicero, más que de fisioterapeuta, pues tan pronto como establece contacto con el futbolista lesionado, debe aparecer la mejoría.

El *rectángulo* es un ancho patíbulo y cuantos lo llenan, con su jolgorio de colores, una población canalla. La culpa tiñe la atmósfera que presagia el juego. En las bandas se ve a los liniers, auxiliares del demiurgo, flameando pañuelos o empuñando los banderines como cirios. Esos son parientes o cofrades agregados al árbitro y por tanto parte del tribunal que imparte muerte.

Las *porterías* se alzan como una figura de dominación. Su altura es superior a la de todos los jugadores y su amplitud excede la capacidad humana para cubrir todos los ángulos. Su posición vertical reproduce la topología de los totems, en lugar inmóvil y dependiente de las capacidades de los súbditos, parece destinada a ser batida. Ante la puerta se encuentra el "punto fatídico" y en su interior sólo reside el balón muerto. La portería es el fin, la meta. Un *poste quemado* es, en la tradición primitiva, el símbolo de la muerte y los postes de las porterías de fútbol se han cubierto de un zócalo negro de pintura negra: la marca de haber ardido.

El *gol* también lleva consigo la muerte, y esta se admite como dada por el personaje abstracto que es "la jugada". Cuando la jugada es *de gol*, la muerte está ahí y el jugador únicamente



actúa para re-matarla. En todos los goles se hospeda una porción de culpa, de muerte. Su naturaleza mortal y su agregado de culpa se reconoce ceremonialmente en el reglamento: mientras en el baloncesto el tanto es un suceso sin solemnidad, en el fútbol existe un paréntesis de espacio-tiempo para compartir la alegría o la desventura.

Conclusiones

El deporte no es la única área en la que las gentes ordinarias son reducidas a "fans", a fanáticos religiosos en plena efervescencia colectiva la extrema caricatura del militante condenado a una participación imaginaria que, para ventaja de expertos, es sólo una compensación ilusoria de la desposesión que sufren.

En el análisis antropológico del deporte, éste, el deporte, puede presentarse como reforzando o sosteniendo otras dimensiones del sistema, tales como las leyes, la política y la religión. Puede imaginarse como un anexo de las tendencias agresivas y como dispositivo atenuante de los conflictos en otras áreas del sistema, o puede, incluso interpretarse como ritual. Pero en cualquier caso su *raison d'être*, es su interdependencia con las otras instituciones del sistema.

No hay duda de que los efectos políticos del deporte más decisivos se deben no tanto a la forma en que se potencia el chauvinismo y el sexismo, como a la división que establece entre profesionales, los virtuosos de una técnica esotérica, y profanos, reducidos al papel de meros consumidores; una división que tiende a convertirse en una estructura profunda de la conciencia colectiva.

Notas bibliográficas

- (1) J.I. BARBERO (1991) "Sociología del Deporte. Configuración de un campo", en *Revista de Educación*, 295, pp. 345-378, llama la atención sobre este asunto.
- (2) Este autor sostiene que hay un buen número de manifestaciones religiosas que no se circunscriben a ninguna religión propiamente dicha; en toda sociedad existen creencias y prácticas dispersas, individuales o locales, que no están integradas en ningún sistema determinado: E. DURKHEIM (1996) *Clasificaciones primitivas y otros ensayos de antropología positiva*. Ed. Ariel Antropología, Madrid, p. 107.
- (3) E. DURKHEIM (1982) *Las formas elementales de la vida religiosas*. Ed. Akal, Madrid, p. 354.
- (4) J.I. BARBERO (1993) "Introducción" a J.M. BROHM et. al. *Materiales de sociología del Deporte*. Ed. La Piqueta, Madrid, p. 13.
- (5) Pierre BOURDIEU (1978) "Sport and social class", *Social Science information sur les Sciences Sociales*, SAGE Pub., vol 17, nº 6, p. 822.
- (6) P.M. YOUNG (1968) *A history of British football*, Staley Paul, London, p. 111.
- (7) Pierre BOURDIEU (1978) *Op. cit.*, p. 821.
- (8) J.I. Barbero (1993) *Op. cit.*, p. 3
- (9) *El País*, 11-6-90, 10/Deportes.
- (10) L. WHITE (1949) *La ciencia de la cultura*. Ed. Pidos, Buenos Aires.
- (11) Mary DOUGLAS (1970) *Simbolos naturales*. Ed. Alianza, Madrid.
- (12) William ARENS (1975) "The Great American Football Ritual", *Natural History*, 84.
- (13) Vicente VERDÚ (1980) *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*. Madrid, Alianza.
- (14) E. DURKHEIM (1982) *Op. cit.* Ed. Akal, Madrid, p. 106.
- (15) Citado por V. VERDÚ (1980) *Op. cit.* p. 46.